

TOMÁS GARCÍA YEBRA

Madera de Cela

Cartografía de un país llamado España



Madera de Cella

COLECCIÓN
LITERA**DURA**

Tomás García Yebra

Madera de Cela

Cartografía de un país llamado España



Primera edición: mayo de 2016

© Tomás García Yebra, 2016

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-944443-9-5

Dep. Legal: M-13427-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: © Fernando Corella

Producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Madera de Cela

*A los amigos de Cela,
para que pasen el rato.
Y a los enemigos,
que siempre ayudan.*

INFORMACIÓN Y OPINIÓN

—JUANMA, POR FAVOR, ¿puedes apagar la pipa?

—No.

—Estás apestando la sala.

—¿Apestar? Si es hebra de tabaco holandés.

Permanezco sentado junto a mi amigo Juanma González en uno de los salones del Gran Hotel Princesa Sofía de Barcelona. A las doce en punto comparece en rueda de prensa el escritor Terenci Moix. Mañana por la noche se falla el premio Planeta.

El divertido Terenci —miembro del jurado— apoya unas cuartillas en un atril y comenta la reñida disputa entre los finalistas.

—Hay tres novelas muy buenas —afirma con su habitual desparpajo—. De una de ellas me faltan unas páginas

que leeré en cuanto suba a la habitación. Mi voto no está todavía decidido.

Los periodistas tomamos nota.

A continuación preguntamos qué género novelesco predomina entre los finalistas, si la novela histórica, la policíaca, la Guerra Civil, el intimismo...

—Hay un poco de todo —contesta Terenci con sonrisa de pillo.

—Juanma —cuchicheo en voz baja—, un año más tragando esta pantomima.

—Es lo que toca.

—Lo que toca, o lo que debería de tocar, es que todos sabemos que el premio se encarga con meses de antelación. Los premiados, tanto el ganador como el finalista, están aquí, en Barcelona, los he visto hace un rato en Las Ramblas.

—Y qué le vamos a hacer, formamos parte de este circo.

Era la segunda vez que cubría el premio Planeta. Aquella mañana me puse estupendo y comencé a redactar una crónica donde contaba la entretenida desfachatez de Terenci Moix a la hora de enjuiciar unas novelas que no había leído y que, además, le importaban un bledo. Él pertenecía a la cuadrilla Planeta y allí estaba, en plan guasón, dando vistosidad al certamen.

—Juanma, todo esto es mentira.

—La vida es mentira —responde mientras rechupetea la pipa—, y ni tú ni yo lo podemos solucionar; conclusión: relájate y disfruta.

Cuando envié la crónica a la agencia *Colpisa*, el redactor jefe no daba crédito.

—¡Pero qué has escrito! —se asustó—. ¡Esto no se puede publicar!

—¿Por qué?

—¡Porque te has metido en un jardín que no viene a cuento!... ¡Anda, déjate de quijotadas e informa! —tronó su voz al otro lado del hilo telefónico (entonces no había móvil).

—Estoy informando.

—¡No; estás opinando!

—Estoy contando la verdad.

—¿La verdad?! ¡¿Algo de lo que has escrito se ha dicho en la rueda de prensa?! —preguntó enfurecido.

—En parte sí y en parte no.

—¡Limítate a escribir lo que hayan dicho; lo que pienses o dejes de pensar no les interesa a nuestros lectores! —colgó el teléfono.

Le volví a llamar.

—¡Qué quieres!

—Es que si escribo: «Terenci Moix dijo que patatín, patatán, y luego añadió que patatín, patatón», el lector da por

hecho que lo que ha contado Terenci Moix es verdad, y no lo es.

—Por favor, no me quiero alterar. Te lo voy a decir despacito y por última vez: no opines, informa, ¿tan difícil te resulta comprenderlo?

—Entiendo la consigna, pero estamos engañando a nuestros lectores. La nota de prensa que nos han entregado dice que se han presentado al premio 454 novelas. ¿Puedo añadir que los aspirantes son unos cándidos que nunca podrán optar a un premio que se concede a dedo?

—¿Te paso al director y se lo cuentas a él? ¿Quieres que lo haga?

Pensé en mis dos hijos, todavía muy pequeños, a quienes tenía que sacar adelante. Si actuaba como don Quijote, me iban a dar más palos de los que él recibió en los CXXVI capítulos que componen sus aventuras. De modo que me quité el yelmo de don Quijote y me coloqué el alicaído sombreruco de Sancho Panza. Entre la incómoda verdad (las verdades son siempre incómodas) y las lentejas, no había opción. Mis hijos tenían que comer para seguir creciendo, y yo tenía que trabajar para seguir sobreviviendo. En un mundo donde reina la patraña, la hipocresía, el egoísmo, la insolidaridad, la prepotencia, la zancadilla, el engaño y los malos ejemplos, resulta necesario aceptar las reglas del juego. Si no, ¿qué haces?, ¿aislarte en una cueva?, ¿subirte a la columna de Simón el Estilita? ¿Y de qué comes?

Tienen razón todos los redactores jefe del universo; por eso, claro, llegan a ser redactores jefe.

Puestos a pensar, ¿qué respiradero queda? ¿La justicia? Tampoco lo veo.

—Buenos días, vengo a poner una denuncia.

—¿A quién quiere denunciar?

—Al perverso y mentiroso ser humano que habita la Tierra.

No te hacen caso. Te toman por loco.

Había firmado una crónica brillante (y veraz), pero tuve que tirarla a la papelera. Cogí otro folio y lo contaminé adecuadamente para que pasara el examen de la deontología periodística y el rigor informativo. La nueva versión resultó bastante verosímil —en la línea de lo que desea la editorial Planeta, que para eso nos pagan la estancia y la manutención a los plumillas—. Además, por ser buenos chicos, nos obsequian con un estupendo regalo. Cada año, uno distinto.

En la disyuntiva opinión/información había tenido varios encontronazos, tampoco muchos, pues enseguida aprendes a ser práctico. Entre el jornal y el finiquito resulta más inteligente escribir lo que esperan de ti: disciplina empresarial y mente ágil para pulsar las teclas del ordenador pensando lo mínimo y escribiendo a toda uva.

Uno de los enfrentamientos más tensos lo tuve con el director de la agencia *Colpisa*, Rogelio Rodríguez.

El redactor jefe me había mandado cubrir una rueda de prensa de unos conocidos laboratorios. Esta empresa farmacéutica buscaba apetitosos caladeros dentro del mercado y, a tal fin, lanzó dos líneas de productos: uno dirigido a las personas con incipiente calvicie (o en proceso de calvicie galopante), y otro para las jovencitas que, ante el espejo, se ven gordas aunque estén escuálidas. Para el primer nicho de potenciales clientes habían ideado unas pastillas mágicas; para el segundo nicho (el mercado de las jovencitas cuyo referente son los esqueletos andantes de las pasarelas) habían diseñado otras pastillas mágicas. Al llegar a la redacción escribí que las pastillas para combatir la supuesta obesidad eran una invitación a la anorexia, y que las pastillas contra la calvicie eran una tomadura de pelo.

El director me llamó a su despacho.

—Esto no se puede publicar.

—¿Por qué?

—Porque estás opinando.

—Estoy informando.

—No; estás opinando.

—Estoy informando.

—Te digo que estás opinando.

—Y yo te digo que estoy informando.

Mantuvimos un cruce dialéctico —cada uno atrincherado en sus ideales periodísticos— durante unos cuantos minutos. Argumenté que informar no es entrecomillar lo que unos laboratorios quieren que entrecomilles.

—Rogelio —insistí—, si tú publicas que esos laboratorios dicen esto y lo otro, estás dando por sentado que lo que dicen va a misa; eso no es informar, es publicidad encubierta.

—Bien, de acuerdo. Pero si publicamos lo que has escrito, nos estamos cargando de forma arbitraria a esos laboratorios. ¿Quién te asegura que esas pastillas no son eficaces?

—El sentido común.

—Ellos pueden rebatir tu sentido común.

—Que lo rebatan.

—Esas no son razones; hay que informar.

—Yo no voy a poner el altavoz a unas pastillas que son la antesala de la anorexia.

Rogelio me miraba dubitativo.

Unos días atrás había estado informando acerca de los restos de Velázquez, que andaban buscándolos por la madrileña plaza de Ramales. Escribí unas crónicas entretenidas, coloristas, alimentadas con realidad y fantasía.

—Con las noticias culturales —le dije al director— puedo hacer toda clase de cabriolas, pues amenizamos nuestros periódicos sin causar daño a nadie, pero con la salud deberíamos de tener cuidado.

Después de un intercambio de golpes, el director decidió no publicar la rueda de prensa de los avispados laboratorios. Ni ganó él, ni gané yo. La cosa quedó en una empatadera.

Rogelio tenía un carácter seco, no se andaba con paños calientes, pero era un director honesto. Me lo demostró el día en que fui a Valladolid a informar de un premio que la revista *Qué Leer* había concedido a Miguel Delibes.

—Voy con una condición —advertí.

—¿Cuál?

—Todos los periodistas van a colocar en el titular el cáncer de colon que le acaban de diagnosticar a Delibes. Voy a Valladolid con la condición de no mencionar el cáncer: ni en el titular ni dentro de la crónica. Periodísticamente será muy sabroso ese cáncer, pero lo quiero omitir.

—De acuerdo.

Fui a Valladolid, envié la crónica, y el periódico *Diario 16* (estaba abonado a nuestra agencia) publicó lo que había escrito, pero no pudo resistir la tentación de titular con el cáncer de colon (el cáncer de un famoso es un chollo informativo). Llevé un ejemplar de *Diario 16* al despacho del director y lo abrí por la página en que aparecía la crónica con mi firma. Rogelio escribió una carta al director de ese periódico y el director echó una bronca al redactor —y al redactor jefe— que había *cocinado* mi información.

Le escribí a Delibes para contarle lo que había ocurrido. Me dijo que no me preocupase, que ese tipo de «accidentes» eran «el pan nuestro del periodismo».

Con habilidad, casi de forma subliminal, introduje en la crónica que la revista *Qué Leer* le daba un premio a Delibes no para premiar al escritor, sino para darse publicidad utilizando al premio Cervantes como reclamo.

Estas artimañas son muy frecuentes en el mundo cultural. En abril de 2005 le concedieron a Mario Vargas Llosa el premio Su Peso en Miel de la Alcarria. Di a entender la publicidad encubierta que escondía el premio. Rogelio no permitió que enviara la crónica a nuestros periódicos.

—Vuelves a opinar.

—Que no, Rogelio, estoy informando.

Esta vez no hubo empatadera. Rompí el folio, cogí otro y me autocensuré (en España no hay censura, por supuesto que no, lo que hay es tijejetazo mental). Titulé: «Vargas Llosa recibe el premio Su Peso en Miel de la Alcarria». Me quedó un titular informativamente irreprochable, aunque un poco soso. Podría haber titulado: «Vargas Llosa se baña en miel», lo cual habría incitado al lector a seguir leyendo hasta aclararle lo de la miel un poco más abajo. Hubiese sido mejor titular. En periodismo, excepto la verdad —coger una noticia, mondarla como un plátano y explicar la trampa que hay detrás—, vale casi todo. Lo

que jamás permite el periodismo es que lo abras en canal y, encima, llegue el olor al lector.

El caso de Ana Rosa Quintana también fue para nota. La famosa presentadora acudió al Senado para ofrecer su opinión en un informe que estaba elaborando este organismo sobre los «condicionantes extrasanitarios que concurren en el incremento de la incidencia de la anorexia y la bulimia en la población». Esta forma de redactar exige, sí —a gritos—, que cierren el Senado.

Llegó Ana Rosa con un impoluto traje de pantalón color blanco: guapa, sonriente y sobradamente preparada. Nada más bajarse del coche se le echó encima un aluvión de fotografías. Comenzó a hablar, y en medio del discurso (es una buena periodista) introdujo una frase que sonaba a titular: «Vivimos en una sociedad anoréxica». Ella había preparado el titular en su casa y nosotros recogimos el guante. Además de Ana Rosa Quintana, comparecieron en el Senado muchos médicos y expertos en anorexia y bulimia. Les hicimos poco caso. ¿A qué medio de comunicación le interesa lo que digan Carlos Armiño o Serafín de Abajo? Como mucho una o dos frases al final de la crónica, y eso si caben, porque si no caben se les da un puntapié y aquí paz y después gloria. Nadie va a echar en falta las opiniones de don Carlos o de don Serafín.

Ante una atractiva presentadora que aparece todas las mañanas en la tele, que sonríe con picardía, que habla con aplomo y tiene una audiencia millonaria, ¿cuál es el criterio? Muy fácil: rendirse a la evidencia.

«Vivimos en una sociedad anoréxica». Frase corta, rotunda, llamativa, que no dice nada, que no aclara nada, que no significa nada, pero a mí no me cupo ninguna duda: foto de Ana Rosa Quintana (mejor de cuerpo entero) y titular a tres columnas: «Vivimos en una sociedad anoréxica».

Por incordiar un poco, hice una primera versión titulado con palabras del médico Serafín de Abajo. El subdirector chequeó cómo habían tratado la noticia las agencias *Efe* y *Europa Press* y algunos periódicos digitales (en aquella época comenzaban a despuntar). Se acercó a mi mesa y me dijo:

—Estás de coña, ¿no?

—Eres un lince —respondí—; no se te escapa una. Ahora te envío la crónica fetén, la de verdad.

